

SERGIO VILA-SANJUÁN

MISTERIO EN EL BARRIO GÓTICO

PREMIO DE NOVELA
FERNANDO LARA 2025



Sergio Vila-Sanjuán



Misterio en el Barrio Gótico

*Premio de Novela Fernando Lara
2025*

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Sergio Vila-Sanjuán, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025
Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorialplaneta.es
www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: Compañía
Ilustración del interior: © Àlvar Salom

Primera edición: junio de 2025
Depósito legal: B. 9.767-2025
ISBN: 978-84-08-30591-0
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Egedsa
Printed in Spain - Impreso en España



CAPÍTULO PRIMERO

La madrugada del día en que se descubrió el primer cadáver, Tomàs Riquelme volvió a aparecérselo. Víctor Balmoral llevaba tiempo con su próstata muy disciplinada, gracias a la medicación: ahora tan sólo le obligaba a ir al mingitorio cada noche a las dos y a las cinco, siempre de forma puntual. En su segunda visita, al salir del lavabo, encontró a Tomàs cómodamente instalado en el salón, ojeando el dossier de un trabajo que Víctor había culminado días antes.

—Interesante, ¿verdad? Esta mujer, Finita Llorens de Carvajal: qué vida tan fascinante —comentó con despreocupación su viejo amigo—. A través de sus andanzas personales y profesionales se dibuja toda una época de la ciudad, con ese esfuerzo por abrirse camino y crear una empresa basada en el encanto social.

Tomàs había muerto hacía ya quince años, y Víctor le echaba mucho de menos. Pintor y poeta nacido en Lima de exiliados españoles, llegó a Barcelona aún niño de la mano de su madre, Joana, tras la prematura muerte del padre. Era extrovertido, deslenguado, provocador, impúdico. Había sido como un hermano para él desde la época universitaria, cuando se conocieron estudiando la ca-

rrera de Historia en la Autónoma, y su *sparring* dialéctico en tiempos posteriores, sobre todo en los debates ideológicos: se veían con regularidad y discutían mucho. Tenía una salud delicada a la que no ayudó su afición a la mala vida: una pancreatitis aguda se lo llevó antes de cumplir los cincuenta años. Víctor lo recordaba a menudo con tal intensidad que, últimamente, Tomàs se le aparecía de tanto en tanto. ¿Era un fantasma, una proyección, una ilusión? Balmoral no lo sabía y no tenía muy claro si asustarse o alegrarse. Por su natural pragmático, por lo mucho que añoraba las conversaciones que mantenían y por lo imprevisibles que resultaban aquellas visitas, había decidido apreciarlas y aprovecharlas.

—Ese texto que tienes entre manos es resultado de muchas horas de conversación e indagaciones, no lo estropees —indicó Víctor.

Periodista cultural de prestigio en el diario *La Voz de Barcelona*, y con un horario muy flexible, Balmoral había inaugurado años atrás una segunda línea de trabajo con la que complementar sus ajustados ingresos. La Unidad de Investigaciones Biográficas que había creado —pomposo título para una iniciativa unipersonal— elaboraba perfiles en profundidad a quienes los solicitaran, tanto para sí mismos como respecto a otras personas.

Víctor era un biógrafo tenaz y decidido, y sus trabajos abarcaban necesidades muy distintas. El caso de Finita Llorens de Carvajal constituía la modalidad más simple: una gran dama barcelonesa ya nonagenaria, que había sido amiga de su fallecida madre y compartía con ella una separación matrimonial temprana y una dura ascensión laboral en el masculinizado mundo del final del

franquismo, le había pedido que la ayudara a escribir sus memorias. Se reunieron una docena de veces y mantuvieron extensas conversaciones; Víctor había telefoneado a algunos conocidos que le ampliaron ciertas informaciones sobre su clienta, y finalmente no había tenido problemas para trazar la trayectoria de la fundadora de la agencia de azafatas (y azafatos) Miranda, proveedora de jóvenes y bien vestidos asistentes a los principales congresos y celebraciones de la ciudad, de seriedad garantizada.

Para afianzarse profesionalmente, Finita cultivó en su día la amistad con los grandes prohombres y mandamases de Cataluña; en algún caso hasta un nivel bastante íntimo. Para su sorpresa, la biografiada insistió en que aquellas memorias recogieran también sus avatares sentimentales. Víctor le recomendó cautela: aunque iban a tener una circulación restringida, no resultaba descartable que acabaran cayendo en manos de algún amor superviviente —ya nonagenario como ella— o de cualquiera de sus familiares. Al final optaron por mantener las situaciones y escudar en el texto a los personajes tras unas iniciales poco comprometedoras.

—Sin embargo —siguió Tomàs—, en este caso hay poca tensión, y apenas afloran contradicciones. Me gustó mucho más *El informe Casabona*.

El amigo fantasma se refería a otra investigación más compleja que Víctor había abordado con anterioridad, más próxima a lo que hoy se conoce en términos empresariales como *due dilligence* que a las reminiscencias biográficas de ciudadanos sólo relativamente ilustres como Finita. El periodista había realizado un trabajo minucioso sobre el magnate Alejandro Casabona cuando, tras su

muerte, el Instituto de Estudios Éticos de Barcelona se encontró con un legado suyo de varios millones de euros destinados a amparar iniciativas que tuvieran como objetivo la mejora deontológica del mundo de los negocios, en recuerdo de una tía fallecida que le orientó en sus inicios en la vida y a la que el magnate tenía gran cariño. La duda de la directora de la institución, Luisa Francàs, radicaba en si el legatario llevó una vida lo bastante recta como para poder aceptar su dinero sin que ello fuera a generarle problemas de imagen en el futuro. A través de una sucesión de testimonios cercanos, Balmoral pudo adentrarse en una trayectoria rica en episodios intensos y situaciones de moralidad cuestionable, y aportó a Francàs los datos necesarios para adoptar la decisión final.

—Sí, *El informe Casabona* me dio muchas satisfacciones... y algunos quebraderos de cabeza. Pero ¿qué te trae por aquí esta noche? —preguntó Víctor.

—Llevas varias semanas agitado. Intuyo que algo raro se aproxima. Pero creo que será bueno que salgas de la zona de confort en la que te estás manteniendo en los últimos meses y afrontes algún reto estimulante. Por cierto, péinate, parece que lleves un estropajo en la cabeza.

Víctor, en efecto, atravesaba una etapa plácida de su vida. Aunque ya cerca de la edad de la jubilación, su trabajo en *La Voz de Barcelona* gozaba del reconocimiento del director del diario, cosa que le permitía mantenerse más o menos a salvo de las sucesivas revoluciones, ya fuesen digitales o de otro tipo, que se iban poniendo en marcha en la redacción. El precio del alquiler de su estupendo piso modernista en la rambla Catalunya, cuya renovación había entrañado grandes dificultades y le había

quitado el sueño durante varios meses, quedó garantizado *sine die* gracias a la intervención de Luisa Francàs ante la empresa inmobiliaria Holding & Harris, que había adquirido todo el edificio. Fue el premio a su trabajo en *El informe Casabona*. La soledad no le pesaba... demasiado. La salud, en general, buena, próstata aparte. ¿Era feliz? Una interesante y largamente aparcada pregunta que la reaparición fantasmagórica del viejo amigo fallecido tendía a poner sobre la palestra. Tomàs, con su rostro pálido y aniñado, su alopecia creciente y su expresión burlona.

—Sí, la verdad es que me está pesando un poco la rutina —confesó el periodista.

—Que es a lo que tiende tu personalidad. Y por eso necesitas estímulos externos.

—Muy amable. ¿Y tú? ¿Cómo va por el reino de los no vivos?

—Ya sabes, el tiempo pasa despacio. Echo de menos pintar, es una de las cosas que no puedo hacer, tiene un componente demasiado material y en mi estado actual no puedo ensuciarme las manos. Pero sigo a las mujeres hermosas por la calle. A las diosas. Las contemplo mientras pasean y eso me devuelve la fe en la humanidad.

—Eres el mismo machista de siempre.

—¿Machista? Admirador de la belleza y celebrador de la comunicación humana, no como tú, que siempre has tenido miedo al amor y al sexo.

—Me soliviantas; haz el favor de desaparecer —dijo Víctor, y Tomàs se esfumó.

El periodista volvió a la cama, pero no consiguió dormir, y esperó el amanecer repasando el dossier sobre Finita Llorens de Carvajal que Tomàs había ojeadado. «Real-

mente toda vida constituye una caja de sorpresas que en algún momento su protagonista no puede resistirse a abrir a los demás», reflexionó. Finita, que para su edad mantenía una energía envidiable, deseaba presentar su libro de recuerdos con un gran acto social, y allí le tocaría estar a Víctor para respaldar el trabajo hecho.

Sobre las diez de la mañana, Balmoral inició el trayecto a pie hasta la Real Academia de Buenas Letras. Su vida de soltero sesentón habría sido mucho más aburrida sin la pertenencia activa a distintas asociaciones culturales de la ciudad, y la Academia del Barrio Gótico era tal vez la que más apreciaba. Andaba a buen paso: el doctor Garovin le había asegurado que, si cada día caminaba una hora, ya no necesitaba hacer más ejercicio para mantener un mínimo de forma física. Posteriores opiniones bien informadas disminuían drásticamente la certeza de Garovin, pero Víctor se aferraba con fuerza a ella: nada le aburría más que el deporte, pero cuanto mayor se volvía, más gente le recomendaba que lo practicara.

Hacía una mañana agradable en ese otoño barcelonés ya indistinguible de la primavera, y el periodista se movía con su cómodo atuendo habitual, que admitía contadas variaciones: camisa oxford azul pálido (aunque en ocasiones podía ser blanca o rosa), pantalones chinos de color beige (aunque aceptaba llevarlos verdes o azules), americana sport oscura (la americana le resultaba imprescindible por su variedad de bolsillos donde guardar todo tipo de cosas) y calzados flexibles y ajustados, que le permitían efectuar largas caminatas sin perjuicio

de sus extremidades. Descendió por la calle Enric Granados hasta la plaza Catalunya, se internó en la Rambla esquivando los grupos de turistas y dobló por la calle Ferran. Frente al Ayuntamiento un obeso exaltado clamaba exigiendo libertad para una serie de personajes que Víctor no conocía; en la fachada de la Generalitat lucía una pancarta independentista. Por la calle de Hércules se dirigió hacia la real institución.

Esta academia, la más antigua de España en su género, está dedicada al cultivo de las letras, el humanismo y la historia catalana. Cuenta con treinta y seis académicos de número, que en la ceremonia de ingreso son investidos con el historiado collar de la institución, y que componen un *numerus clausus*: no se recibe a un nuevo integrante hasta que se produce la vacante por fallecimiento de otro. Víctor había sido propuesto por sus méritos profesionales y porque en aquel momento la casa no contaba con nadie procedente del mundo de la comunicación, que siempre había tenido algún representante allí.

Al llegar al Palacio Requesens, sede de la Academia, se encontró con mucho movimiento en el patio empedrado del hermoso edificio. La empresa Medievalia estaba preparando una de sus cenas-torneo, que constituían una de las fuentes de ingresos más sólidas con que la institución contaba. Unos tipos enfundados en incómodas armaduras —siempre, por la mañana, se realizaba un ensayo general de la justa— colocaban cajas; otros disponían cortinajes; otros preparaban aparadores con bebidas. Víctor sorteó las mesas altas y las estufas de exterior y subió la escalinata.

La presidenta, Mariflor Juvellanchs, había convocado

a la Junta de la Academia para una reunión de urgencia. Mariflor, en su espléndida cincuentena, una mujer de mediana estatura y rubia, con un aire a la actriz Naomi Watts, era una resolutiva profesora universitaria. Se había puesto al frente de la institución cuando ésta pasaba por horas bajas tras un par de presidencias que la habían dejado languidecer, con una junta directiva cansada, y estaba dedicando toda su energía a fortalecerla y rejuvenecerla. Había sido ella quien incorporó a Víctor a la casa.

La entidad, que atravesaba problemas económicos endémicos, recibió varios meses atrás una subvención municipal para hacer reformas. El dinero se gastó en adecentar la galería de retratos y en jubilar las sillas de la sala de actos y los sofás de la recepción, que ya estaban muy baqueteados. Ahora los interventores del Ayuntamiento habían caído en la cuenta de que una cláusula de su normativa impedía que las ayudas en estos casos superaran el cincuenta por ciento del presupuesto. La Academia tenía que devolver un dinero que ya se había gastado. El consistorio municipal ofrecía a cambio abrir una nueva línea de apoyos para actividades, de modo que con lo que se ingresaba por un lado se podría tapar en parte lo del otro, y Mariflor los había convocado para pedir ideas. Este tipo de reuniones acerca de asuntos financieros resultaban muy duras para Víctor, que había aportado a la Junta sus relaciones periodísticas, útiles para la visión práctica y la difusión de actividades, pero que indefectiblemente se despistaba en las cuestiones económicas y burocráticas que constituían parte esencial del funcionamiento de la casa.

Tras franquear el portal de la primera planta, Arcadi Flo, secretario permanente, le tendió un sobre de buen papel con generoso gramaje. Llevaba las palabras «Víctor Balmoral» y la dirección de la entidad escritas a mano, a pluma y con letra primorosa.

—Ha llegado a tu nombre. —Era extraño, nunca había recibido correspondencia en la Academia. Lo guardó en el bolsillo—. Parece que te invitan a una boda.

Flo era un tipo espigado y solícito cuya máxima preocupación en la vida parecía residir en esquivar el conflicto, lo que le hacía idóneo para el cargo que desempeñaba, pero sólo en apariencia: eso no frenaba su afición por las frases lapidarias y las definiciones mordaces. Alopécico, siempre encorbatado, era un erudito de la literatura catalana del siglo XVIII, a la que había dedicado numerosos estudios que coincidían cronológicamente con el arranque de la andadura de la institución, conocida en sus inicios como Academia de los Desconfiados y a la que Fernando VI ennobleció otorgándole el título de «Real» en 1752. También era un especialista en historia urbana, y el único que percibía un sueldo de la institución.

Los miembros de la Junta se instalaron en una de las estancias principales del edificio y Arnau Sala, abogado en ejercicio que había llegado de malhumor, dio comienzo a la sesión tras la bienvenida de la presidenta.

—No son las leyes las que me están haciendo aborrecer el oficio, a pesar de que uno leía las de la época en que estudié y estaba todo clarísimo, y ahora las leo y no entiendo nada —pontificó—. Ni son los colegas, a pesar

de que la práctica ha cambiado mucho, como han cambiado las relaciones entre nosotros, y no sólo por parte de los jóvenes, lo que aún sería comprensible. Ni son los jueces, a los que cada vez entiendo menos. No, si le estoy cogiendo manía a la profesión de abogado es por los clientes, que no se dan cuenta de que vamos en el mismo barco y cada vez son más pesados —resopló.

Los demás rieron.

—Bien, Arnau, está claro que has tenido un día de perros en el bufete. Pero aquí vamos contigo claramente en el mismo barco, y sin ánimos de ser pesados, te necesitamos —acotó con rapidez Mariflor—. Dinos, ¿cómo podemos sortear la exigencia de los interventores municipales? Aquí es donde tu conocimiento legal puede desplegarse.

El abogado se embarcó en una exposición llena de tecnicismos de la que Víctor desconectó por completo y que se hizo interminable.

—¿Algún comentario sobre lo que ha expuesto Arnau? —preguntó la presidenta.

Siguió un espeso silencio que rompió el prehistoriador Ermenegildo Armengol.

—Propongo que se le dé manos libres para que desarrolle estos complicados trámites.

Hubo un suspiro general y compartidos gestos de aquiescencia.

—Bien, Arnau, creo que estamos de acuerdo; habla con esos técnicos municipales y exponles tu perspectiva, a ver si los convencemos y evitamos el pago. De otro modo no sé cómo vamos a cerrar el año, porque cenas medievales que alegren nuestra economía, finiquitada ya

la temporada turística, quedan pocas. ¿Algún otro tema pendiente, compañeros de la Junta?

—En 1920, durante el mandato del alcalde Martínez Domingo, el Ayuntamiento hizo una aportación decisiva a esta casa que permitió reparar los tejados, que se habían hundido. Quizás podríamos incorporar al escrito este precedente —señaló Eloísa Fornells, experta en historia municipal.

—Yo sólo quiero recordar que el próximo 18 de diciembre celebraremos aquí el simposio sobre Ovidio. Espero que atraiga más público que el de Marcial que celebramos el año pasado. Me gustaría que esta academia tuviera en cuenta el esfuerzo que mi departamento hace para que tales encuentros tengan lugar —reivindicó la latinista Perséfone López.

—Somos conscientes, querida Perséfone, y no nos cabe duda de que enriquecen considerablemente nuestro programa. Por mi parte haré lo posible para asistir e insistiremos a todos los académicos para que lo hagan, ¿verdad, señores?

La mayoría de los presentes desvió la mirada. El medievalista Marcos Milá, que pese a ser el miembro más veterano de la Junta nunca intervenía y solía presentarse vestido como si saliera de viaje para Alaska, tosió estrepitosamente.

—Este constipado me está matando —musitó mientras daba otra vuelta en torno al cuello a la bufanda de gruesa lana a cuadros rojos y azules.

—Yo quisiera también insistir —intervino el prehistoriador Esteve Birulés— para que se dé la máxima difusión a la comunicación de enero sobre las excavaciones

de Riudellops. Se acerca el centenario de su impulsor, Pau Garraló, que, os recuerdo, fue académico de esta casa, y deberíamos implicarnos en la celebración al menos a un nivel comparable a la del Institut de...

El grado de especialización de las propuestas académicas resultaba habitualmente elevado, un despliegue de erudición sobre cuestiones poco frecuentadas en nuestro acelerado mundo contemporáneo. Visto desde fuera podría sonar algo excéntrico, pero para Víctor constituía un atractivo, ya que le permitía asomarse a disciplinas que en general desconocía. Tenía sentido que la Academia diera cancha a temas de este estilo porque si no, y fuera de la universidad, ¿quién iba a hacerlo?

Para sorpresa de propios y extraños, Marcos Milá pidió la palabra.

—Queridos compañeros, vais a permitirme que exprese algo que llevo tiempo pensando. Como historiador especialista en el periodo, cada vez me siento más ofendido por la presencia de Medievalia en nuestro palacio. Esas armaduras de baratillo, esos pendones ridículos en nuestro patio, ¡esas simulaciones de combates para japoneses! ¡Esas absurdas cenas presuntamente propias del Medioevo, con grandes chuletones y vino peleón a porrillo, a las que ha aludido nuestra presidenta! Me abochorran, queridos amigos, y creo que os deberían abochornar también a vosotros.

Mariflor intervino, contundente:

—Querido Marcos, entiendo tus reticencias. Pero hoy por hoy los necesitamos. Es verdad que aportan una nota un tanto... pintoresca a nuestra casa, pero también una liquidez sin la que no podríamos seguir adelante.

—Y más que eso —la secundó el secretario—. Hay muchos meses en que nos hacen de banco, adelantando sus pagos para que nosotros podamos sufragar gastos ordinarios. Sin Medievalia, esta academia estaría con el agua al cuello... o tendría que suspender sus actividades.

—De acuerdo, no diré nada más —repuso con tono agrio Milá, a quien la presidenta hacía tiempo que tenía pensado invitar educadamente a salir de la Junta de Gobierno—. Pero, por favor, tened presente ¡que estamos vendiendo nuestra alma!

—Marcos, por favor, no exageres. —Los reunidos se volvieron hacia Elvira Llevat.

La elegante asirióloga era una de las figuras más reputadas de la Academia. Fascinada por las primeras civilizaciones de la humanidad desde que de adolescente leyó *La historia empieza en Sumer*, había excavado en numerosas ocasiones en Irak cuando el país aún se podía visitar. Autora de una amplia bibliografía traducida a varias lenguas, la invitaban regularmente a todos los congresos sobre el mundo mesopotámico.

—Nuestra casa —dijo— ha pasado a lo largo de los años por unos cuantos momentos de dificultad económica. La de ahora no es la primera. Que recurramos a una empresa turística no es lo peor que nos podría ocurrir, ni merma nuestro prestigio. Hay que ser prácticos, vivimos en el siglo XXI.

A Víctor Balmoral le fascinaba Elvira. No era el único. Había tenido la oportunidad de asistir a algunas de sus ponencias en las sesiones generales de la Academia. Sus explicaciones sobre las tabletas de Nínive o sobre la arquitectura de los zigurats derivaban en narraciones hip-

notizantes que todos los asistentes seguían embobados, y recordaban al periodista que la razón de ser de la Academia era contar con personas como aquélla.

—Sí, siempre has sido una pragmática —rezongó Milá, que le tenía un poco de celos por su reputación internacional.

—Por las buenas razones, querido Marcos —repuso la asirióloga—. Recuerda que algunas de las monografías que la Academia nos ha publicado a varios de nosotros en los últimos años se han pagado con el dinero de Medievalia.

—Eso es verdad —señaló Esteve Birulés, habitual contribuyente a las publicaciones de la entidad—. ¡Y se trata de una actividad que no podemos dejar de lado!

Balmoral seguía atento a la discusión entre eruditos cuando irrumpió en la sala Aurora, la bibliotecaria, que muy alterada se dirigió al secretario permanente:

—Arcadi, ven corriendo, ha pasado algo en la plaza de los Santos.

La explanada frente a la iglesia de los Santos Justo y Pastor daba a la callecita del Bisbe Caçador, donde se alzaba la Academia.

El secretario se excusó y abandonó la reunión, que ya languidecía. Como conclusión, la presidenta presentó algunas propuestas de actividades para el año siguiente que pudieran justificar apoyos públicos. Se le estaban agotando cuando Arcadi regresó muy agitado.

—Es en las obras de aquí al lado. ¡En el Palacio Salle-rich ha aparecido un cadáver!

Al salir de la Academia una vez concluido el encuentro, Balmoral pasó frente al palacio vecino. Dos coches de policía bloqueaban el hermoso e historiado portón de madera. Se identificó como periodista, pero no le dejaron acceder; desde la entrada atisbó un caos de obras, personas uniformadas y trabajadores atónitos que habían interrumpido su trabajo. Tomó algunas notas con la información que le brindó un locuaz aparejador al frente de la reforma.

Si para bajar al Palacio Requesens Víctor solía escoger el camino de la Rambla, para volver al centro solía atravesar el Barrio Gótico. Cruzar la calle Jaume I e internarse hacia la plaza del Rei, bordear el Palacio del Lloctinent y el Museo Marès hasta desembocar en la plaza de la Catedral. El empedrado del pavimento, las soberbias construcciones, el muestrario a la vista de antiqüísimos bajo-relieves e inscripciones sobre muros y portales constituían un paisaje familiar cuya contemplación le tranquilizaba. Le gustaba atravesarlo en silencio y, por ello, tras las sesiones de la Academia solía dar esquinazo a sus colegas y se lanzaba en solitario por aquellas calles. Pero esa mañana se dio cuenta de que tenía compañía: Tomàs Riquelme, o el espectro de éste, caminaba a su lado.

—Interesante lo de esos huesos que han aparecido en el Palacio Sallerich —señaló Riquelme—. Ese edificio debe de albergar muchos fantasmas.

—¿Sabes que yo había visitado el palacio cuando la familia aún vivía allí? Los propietarios formaban el típico

clan noble de la vieja Barcelona: amables, volátiles, desconectados de la realidad, una reliquia en aquellos movidos y rupturistas años de la Transición y la contracultura democrática.

—Sí, una reliquia familiar muy cargada de propiedad inmobiliaria y muy poco dispuesta a compartirla con el pueblo llano.

—Yo era amigo de una de las hijas, Marta, una chica encantadora y muy atractiva. Me invitó a su puesta de largo. Una gran fiesta en aquel espacio espectacular con salones de baile que se conservaban intactos desde el siglo XVIII, espejos de pared y arañas monumentales en el techo.

—Recuerdo bien que mientras en la facultad te hacías el hippy y el izquierdista, a la vez frecuentabas encantado ese mundo decadente.

Balmoral encajó deportivamente el golpe bajo del ser espectral.

—Sí, me relacioné un tiempo con miembros jóvenes de aquella nobleza catalana, mi madre movió sus contactos para introducirme en sus círculos, quizás esperando que hiciera una buena boda. Era una juventud dorada: gente guapa y rica con ganas de pasarlo bien y medios para divertirse. Hay que decir que en general tenían estilo y un cierto glamur, con aquellas mansiones familiares tan fastuosas. Pero no me sentía muy a gusto, yo procedía de un ambiente muy venido a menos, mi padre, ya lo sabes, había desaparecido y nos había dejado en la estacada. No podía evitar sentirme un extraño y un pobretón en ese mundo de adinerados, aunque eran amables conmigo y me invitaron a un montón de fiestas y fines de semana en

sus fincas y castillos. También fui con ellos a esquiar y a montar a caballo, actividades que, para ser sincero, nunca se me dieron bien. Mi amiga Marta murió en un accidente de tráfico cuando aún no había cumplido los veinticinco; los padres, condes de Sallerich, le sobrevivieron bastante tiempo. El palacio han debido de heredarlo sus otros hijos, Jacobo e Irene, que seguían a Marta.

—¿Ese Jacobo no era el que iba con ella en el coche cuando el accidente?

—Sí, quedó muy desfigurado. Él e Irene son quienes debieron de poner la casa en venta.

—Todo ese mundo te sigue atrayendo, ¿verdad?

El periodista se detuvo, reflexivo.

—Es un mundo literario. Y me recuerda mi juventud.

—No deberías haberte apartado de él.

—En cierto momento me desconecté completamente de los Sallerich y su entorno, tan privilegiado, porque me resultaban rancios y encarnaban el pasado, del que en aquella época yo y tantos otros queríamos desconectar. Y tú fuiste en buena parte culpable, me presentaste a gente nueva, me abriste los ambientes de la Barcelona canalla y ramblista de los años setenta. Y allí estaba la novedad, la agitación cultural y la acción. Para una persona joven con curiosidad, la decisión estaba clara. Pero he ido viendo que al dejar atrás un ambiente también se pierde el contacto con las personas concretas que lo integraban. Y eso no siempre es justo. Ahora me los vuelvo a encontrar, ya mayores como yo, en situaciones muy diversas, y me gusta y aprecio su compañía. Es lo bueno de mi trabajo, fomenta el reencuentro permanente.

—Sin embargo, soy yo quien se te aparece para apor-

tarte sensatez, y no la chica Sallerich, señal de que tu elección de aquellos años te marcó —comentó Tomàs con una mueca.

—No me cabe duda. Pero te confieso que el desmantelamiento de su palacio me conmueve un poco y me trae una oleada de recuerdos. Como me chocó en su día, cuando ingresé en Buenas Letras, que aquel edificio donde había pasado tantas veladas juveniles fuera nuestro vecino, pared con pared. Qué curiosa coincidencia con un gran salto en el tiempo, ¿no?

—Las coincidencias no existen —replicó Tomàs.

Un musculado corredor con ropas deportivas y un marcador en el brazo los adelantó por la acera, casi arrollándolos.

—Buf, vaya animal —rezongó Víctor.

—Hoy la gente es mucho más cachas, en nuestro tiempo a nadie le importaba el *body building*.

—Había otras preocupaciones más urgentes, como transformar la sociedad, encontrar el sentido de la vida y divertirse a fondo.

Se cruzaron a continuación con un hombre muy bronceado que caminaba sonriendo y lucía sombrero y traje blanco.

—Antes nadie llevaba sombrero, pensábamos que había desaparecido con la generación de nuestros padres.

—Se nota que no te has quedado calvo como yo —espetó Tomàs antes de desaparecer.

En la redacción de *La Voz de Barcelona*, Balmoral avisó del hallazgo a la jefa de la sección de Local, hizo algunas

llamadas a los distintos cuerpos policiales y redactó la noticia para la versión digital del diario, que publicó ilustrada con una foto de archivo del edificio.

MACABRO HALLAZGO EN EL HISTÓRICO PALACIO SALLERICH

En el curso de las obras de reforma del edificio de la plaza de Sant Just, al tirar una pared, los operarios han encontrado esta mañana unos huesos que, a primera vista, parecían humanos.

Rápidamente los responsables de la obra se pusieron en contacto con los Mossos d'Esquadra y varias patrullas se desplazaron hasta el lugar, situado a poca distancia del Ayuntamiento barcelonés. De forma inmediata el cuerpo de la policía catalana inició una investigación para esclarecer los hechos e identificar los restos hallados.

Después de que los agentes confirmaran que se trataba de unos huesos, los médicos forenses han entrado en escena para realizar los análisis correspondientes y poder confirmar con seguridad su origen humano.

Entre las piezas en cuestión han aparecido un cráneo y un fémur. Ahora los investigadores intentarán obtener ADN para poder identificar si pertenecen a un hombre o a una mujer. También, dada la antigüedad del edificio, los investigadores deben precisar si responden a un fallecimiento reciente o bien a alguien muerto hace años, lustros o décadas.

El Palacio Sallerich perteneció durante siglos a la familia del mismo nombre. Recientemente los Sallerich

vendieron la finca a un promotor que le dará usos turísticos y culturales.

Al llegar a casa después de una jornada intensa, Víctor abrió con su abrecartas de marfil el sobre que le había entregado el secretario de la Academia. Leyó:

No es cada elemento, sino el conjunto el que es significativo. Hay una incógnita en el Barrio Gótico que deberás esclarecer.

De lo que encuentres puede depender el destino y hasta la vida de unas cuantas personas. ¡Eres lo bastante buen investigador y lo bastante persona como para asumir el reto?